































































































































































































































































































































































































posee “un elemento de riesgo y de virtual desorden, un peligroso motivo de indeterminación” (p. 28), puesto que, como señaló Brouwer, retomando la sabiduría del Vedanta, la verdad científica es una infatuación del deseo, cuyos efectos son ilusorios y cegadores. La discusión de *La rebelión del número*, en la cual el autor nos sumerge con la viveza de su prosa, se centra pues en el análisis de una revolución del conocimiento, en la búsqueda de un cambio de hábitos mentales en favor de un nuevo modo de pensar que desdramatiza la inestabilidad de los fundamentos y revaloriza la presencia de lo accidental y arbitrario como ocasión para la novedad.

A lo largo de un brioso relato, este delicioso libro, apto para el matemático, el filósofo o el literato, propone el reconocimiento de que el mundo objetivo no es la totalidad del ser y, a partir de postular la resistencia de los conceptos a un control absolutamente consciente, asume en un movimiento paradójico la facultad demiúrgica del matemático al tiempo que la revancha final del objeto sobre su presunta libertad. Zellini aunará entonces la matemática al mito para explicar la inconsistencia de todo esfuerzo por objetivar el infinito y su enseñanza se dirigirá a aprender a vivir sin fundamentos y a superar la crisis por un cambio de perspectiva que se decide por lo inexorable, interpretando la incompletitud de la aritmética como constatación del caos y del carácter pluralista del orbe intelectual, generado por la necesidad humana de un artificio mediante el cual quizás sea posible darse cuenta del orden del cosmos más allá de un caos aparente, si bien, como escribió Kierkegard, la intelectualidad padece el mismo suplicio que Tántalo: “un pensador experimenta las penas del infierno hasta que no logra alcanzar la certeza, circunscribir lo que quería saber; pero después se encuentra siempre en un nuevo punto de partida, y aun acumulando pruebas, detalles, resultados parciales, tiene siempre la impresión de que la idea verdadera, realmente concluyente, vendrá la próxima vez” (p. 182).

MÓNICA SALCIDO MACÍAS  
Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores  
de Monterrey, Campus Ciudad de México